

La reconquista de Almería
El Principio del fin

I

¡Aixa! ¡Zoraya!

No es posible hablar de la reconquista de Almería sin que acudamos a la memoria esos dos nombres, que tanta influencia tuvieron en el más rápido y total derrumbamiento de la dominación árabe, y mejor diríamos berberisca, por que berberiscos eran los doce mil hombres que al mando de Tárec-Ben-Zeyad iniciaron la conquista de la Península y berberiscos los hamudistas, los almoravides, los almohades, los benemerines que sojuzgaron la Andalucía, extendiendo luego su imperio por toda la amplitud de España.

¡Aixa! ¡Zoraya! La sultana honesta y la cautiva impúdica; la sultana desgarbada y la cautiva hermosísima la sultana enérgica y la cautiva tierna; la sultana repudiada y la cautiva favorita; la sultana firme en sus creencias mahometanas y la cautiva que reniega dócil de su fe cristiana ante los amorosos requerimientos del degenerado Muley-Hacem...

No sostendremos nosotros, no indicaremos siquiera, convirtiendo los rigores de la verdad histórica en fuguraciones de imaginativa novela, que los ardientes y furiosos celos de Aixa y la avasalladora y dulce prinzana de Zoraya, fueran la causa primera y única del fin del imperio secular de nuestros dominadores. ¿Pero acaso no contribuyeron poderosamente a ello?

¿Pero acaso no motivaron continuadas y borrascosas conjuraciones, haciendo surgir de nuevo en tierra granadina y en tierra almeriense los bandos terribles, casi extinguidos antes por las dotes de gobierno de Ismael? ¿Pero acaso al lado de Isabel de Solís, la cristiana repleta, no se agolparon con todas sus codicias el infante de Almería Aben-Celím, los Venegas, Cid-Hiaya y tantos otros prestigios, acaudillados todos por el valeroso y astuto Zagal, hermano de Muley-Hacem?

¿Pero acaso Aixa, la sultana desechada, no colocó, ansiosa de venganza, bandera de rebeldía, bandera negra en las tiernas manos de su hijo Abú Ada (Boabdil) presentándolo como pretendiente a la corona del padre y segura de conquistarla con el resuelto apoyo de los abencerrajes agraviados? ¿Pero acaso en confirmación de nuestra tesis, no escribió don Fernando Osorio y Altamirano, mucho después de la época a que nos contraemos, comparando la hermosura de Florinda ó la Cava con la extraordinaria belleza de la hija del Comendador de Beznar que por otra dama llamada la Zoraya se perdieron los moros?

Tal comenzó a ocurrir en 1482

II

Odios sangrientos

Es llegado el año 1485.

¡Cuanta sangre, cuantas traiciones, cuantas veleidades de la fortuna guerrera, que va y viene de una a otra orilla, de uno a otro bando, de uno a otro impudor de una a otra canallezca miserable!

¡La Alcazaba! ¡La bellísima, la monumental Alcazaba de Almería, el soberbio castillo de Hairan, que surgiera del genio y del esfuerzo del califa Abderraman III y que supo engrandecer con toda clase de seguridades y primores Almanzor el Inmenso!

No hay que contemplarla en la actualidad, desdentada y rota, porque sería forzoso repetir mentalmente con Rodrigo Caro:

Estos, Fabio, ¡ay dolor que ves ahora...

Porque dolor produce, en efecto ver el abandono en que se dejara



Don Francisco Rodríguez Román

Hemos aprovechado la confección de este número extraordinario de "La Defensa", para patentar la existencia en nuestra ciudad de elementos verdaderamente laboriosos, honrados y altruistas, en ocasión de la publicación del programa oficial que con nuestra tradicional feria de agosto se relaciona.

Entre esos elementos, entre aquellos ciudadanos que dieran honra y prez a la población en que fijaran su residencia, nos ocuparemos en los siguientes renglones de un industrial que, consultando el número «uno» en cuanto atañe al mejor desempeño de su comercial cometido, ha logrado descollar entre muchos que faltos de energías, incapaces de arriesgar un capital en pro del negocio que llevarán entre manos, fueron víctimas del mas horroroso de los fracasos, todo por culpa de su desidia, de su miseria y de su cobardía.

El reverso de esto último lo tenemos en el fabricante de curtidos don Francisco Rodríguez Román.

No necesitamos ofender un incienso que tal vez se creiera sobradamente interesado; nos limitaremos a consignar lo que refiriéndose a dicho señor decía el diario madrileño "La Epoca" en uno de sus últimos números, como testimonio fidedigno de cuanto dejamos dicho con anterioridad.

Dice así el colega Cortesano: «En la carretera de Granada de la ciudad almeriense, tiene instalada su fábrica de curtido el prestigioso industrial don Francisco Rodríguez Román.

Es esta fábrica una de las más importantes de su clase. El señor Román, hombre animoso y trabajador, ha conseguido que su negocio de fabricación de pieles y compra-venta de lona y pieles de todas clases, trapos, hierros y metales viejos, sea uno de los mas sólidos y eficaces de Almería.

El propietario de esta fábrica, cuya actividad y dotes de organización son bien notorias, no ha vacilado un momento en dar a su industria las mayores ventajas, con lo cual ha conseguido que las pieles por él fabricadas sean dignas de los mayores elogios.

Convenientemente instalada esta industria, no es ya bastante para sus muchas necesidades, y actualmente está construyendo un nuevo edificio en la calle de Granada, cerca del otro edificio, que, está así mismo, siendo instalado con todas las condiciones de higiene y salubridad que requiere esta fabricación.

La modestia del señor Rodríguez, corre parejas con sus grandes aptitudes de fabricante acaudalado y laborioso. Así no es difícil verle en su fábrica contratando con sus operarios y siendo uno más para la aportación del esfuerzo común, que ha hecho de su negocio uno de los mas importantes de la ciudad almeriense. Es, además, hombre emprendedor y animoso, que no descansa por conseguir que su fábrica de curtidos sea una de las mejores de España; y a decir verdad su esfuerzo se ve coronado por el mas completo éxito.

Inserto lo que antecede solo nos resta hacer constar que, no solamente se dedica el señor Rodríguez a la fabricación de pieles en general; su esfuerzo, su pericia, su especialidad estriba en la preparación de inmejorables cabritillas, magníficos curtidos acharolados y la última palabra del adelanto industrial en la confección de pieles de zorra, fabricación que ha despertado interés sumo por la finura y perfección con que fueron llevados a cabo los trabajos.

Réstanos solo, en el presente número, dar al señor Rodríguez la enhorabuena por el éxito alcanzado en la potente industria que nos ocupa.

ese monumento de otras civilizaciones, esa página petrificada de nuestra historia, esos restos del gigantesco edificio, grande como una ciudad, y que conserva aún evidentes pruebas de las dos culturas, la árabe y la cristiana, confundidas ambas allí, en la muerte, como esos aguerridos soldados que habiendo peleado valerosos en la recia batalla duermen para siempre en la misma sepultura...

Pues bien, Aixa y Boabdil, fugitivos de Granada, habiéndose refugiado en la soberbia Alcazaba almeriense. «Los bandos de Muley y de su hijo — dice un historiador — se enconaban más y más y se zaherían y acusaban recíprocamente como autores de todos los infortunios. Boabdil permaneció en Almería, esforzándose por atraer a su fracción a los alcaldes

y personas influyentes de la provincia. Muley yacía postrado en cama, casi ciego, sin aptitud para hacerse respetar en situación tan angustiosa. Solo el Zagal, apoyado por la poderosa familia de los Venegas y Aluayates, mantenía con su astucia y valor el prestigio de su partido. Decidió a apoderarse de Boabdil, ya con objeto de evitar el resultado de sus intrigas y de sus pretensiones ambiciosas, ya con el de obtener una prenda que reentrenara a los abencerrajes, sedujo a unos alfaques para que facilitaran su entrada en Almería durante la noche y partió allá con un escuadrón de gente escogida y leal a toda prueba. Los traidores abrieron una puerta y recibieron con vivas aclamaciones el infante. El gobernador de la ciudad quiso deshacer los grupos sediciosos y fue asesinado. El

Zagal subió al alcázar en busca de Boabdil, y aunque recorrió los más secretos aposentos, no pudo hallarlo.

Con fría indiferencia entregó luego a la cuchilla del verdugo a varios caballeros abencerrajes, sin más delito que ser consejeros y agentes de su sobrino.

III

La capitulación

Y mientras, el ejército cristiano fijaba poco a poco sus estandartes en las fortalezas moriscas. Los dominios orientales del reino granadino habían caído ya en poder de los monarcas católicos. Cid Hiaya acababa de entrar en Baza, y cumpliendo secretos pactos con Fernando é Isabel estipulados, se trasladó a Guadix, donde el Zagal se encontraba, apenado y triste por tan rudas luchas y tan constantes reveses.

Y en presencia de su primo y cuñado el rey de Almería, le dijo estas palabras que conserva la historia:

«Tened confianza en la justicia y generosidad de los monarcas de Castilla y Aragón y esperad más de ellos que de la fortuna que se os ha declarado adversa. Acordaos del infeliz horóscopo que á instancias de vuestro difunto hermano Muley Hacem marcaron los astrólogos en el nacimiento de Boabdil: acordaos de que ya se cumplió parte de aquel presagio en los campos de Lucena, y creed que las estrellas señalan la pérdida absoluta del reino.»

A lo que contestó el Zagal, después de breve pausa y «exhalando un amargo suspiro»:

«¡Cúmplase la voluntad de Alá! ¡Cuanto él quiere se hace y se cumple! Si Alá no hubiera decretado la caída del reino, esta mano y esta espada (empuñandola con gravedad) lo hubieran mantenido.»

Era el 10 de Diciembre de 1489, Abulalá Solimán, alfaquí y secretario del Zagal, presentose á los Reyes Católicos como emisario del príncipe, estipulando la rendición de Almería, la que se llevaria á efecto en un plazo de veinte dias, á contar desde el 3 del mismo mes. «Fernando é Isabel prometieron recibir al Zagal por amigo y aliado, conservándole el título de rey, concediéndole en herencia y señorío perpetuo el valle de Lecrin, la taha del Andarax con to-

das sus aldeas, y alquerías posesiones, veinte mil mudéjares por vasallos, la cuarta parte de las salinas de la Malaha y cuatro millones de maravedis al año.»

IV

La rendición

Eso pactado, el 17 partieron del campamento de Baza para Almería los católicos reyes y el 21 daban vista á la población, «estableciendo sus tiendas en las ramblas cercanas; las líneas cristianas se extendia casi desde las inmediaciones de la ciudad hasta legua y media de distancia; por el camino de Tabernas.

El Zagal, advertido á poco de la proximidad de Fernando y creyendo que su suerte de vencido le sometia á condiciones de modestia y humildad, se apeó de su caballo y anduvo á pie algún trecho. Fernando, que se adelantaba con numerosa y espléndida comitiva, se mostro sorprendido de hallar á pie al valiente príncipe musulmán, y considerando á D. Gutierre culpable de esta humillación, le dijo con visible desagrado que era muy grave descortesía rebajar á un rey vencido ante otro rey victorioso, é hizo demostración al moro para que recobrase inmediatamente su caballo y se colocara al lado suyo. Insistió el Zagal en besar la mano á Fernando; pero como este rehusara, el Zagal entoces besó su propia mano como hacían en presencia de sus soberanos los caballeros musulmanes. Y haciéndole entonces Fernando recobrar su caballo le colocó a su izquierda, dirigiéndose á los pabellones reales, que descolaban en los parajes más acomodados del campamento. Al llegar á la tienda del rey, fue servido un banquete á los dos personajes regios con aparato y rigurosa etiqueta. Sentaronse ambos en sillas colocadas bajo un dosel. Los caballeros que merecieron la honra de asistir al convite, estaban todos de pie y algunos ejercian el ministerio áulico. El conde de Tendilla servia los manjares al rey Fernando en platos de oro, y el conde de Cifuentes los licores, en copas de igual riqueza; D. Alvaro Bazán servia en platos iguales al Zagal y Garcilaso los licores, con ceremonias idénticas.»

Era la mañana del día siguiente. «Toda la tropa se puso sobre las armas Al medio día abrieronse las puertas de la ciudad, y don



La Bella Margarita

Excepcional artista que viene realizando una lucida tournée por provincias